

¿Asunto?

Arturo Torres Molina

¿ASUNTO?

**Arturo Torres
Molina**

Capítulo 1

Después de tanto caminar, vine a parar a un intercambio de libros que cada año hacen en el municipio. Ya van varios años que organizan el evento, sé cómo funciona:

Llevas tus libros o revistas, los dejas en la mesa de canje y ahí te dan unos vales para que puedas llevarte libros viejos, aunque también con dinero se pueden obtener.

Y si bien no venía con la idea de estar aquí, ya pasó una semana de que terminé lo último que leí y me siento con ganas de leer más. Por experiencia, entiendo que al ser el primer día del intercambio la oferta no es mucha, pero conforme pasan las horas la cosa va cambiando. Quizá en este lugar me vaya bien y encuentre algo interesante. No traigo nada para cambiar, pero sí unos cuantos pesos. Me decido a entrar. Hay una bolita de gente bloqueando un poco la entrada, esperan recibir sus vales. El organizador de eventos que vive en mí se despierta. Pienso que lo de canjear puede ser en otro lugar y no en la entrada, aunque luego le dejo de dar importancia.

Una vez superado el tráfico de la mesa de canje y de mis pensamientos, me meto a la carpa. Miro los libros disponibles, sin ser tan detallado, pero poco a poco hago un recorrido más a fondo. No encuentro algo que me interese, entonces me salgo a caminar, fumar, y hacer tiempo en lo que agregan nuevos libros a las mesas, cosa que según sucede cada media hora, aunque sé que eso no es del todo cierto. Entro y salgo de la carpa varias veces. Veo que algunos ya encontraron libros de su agrado, mientras que yo sigo sin ver algo interesante.

Capítulo 2

«Introducción a Windows 98», así se llama un libro de la sección de tecnología y computación. «Los a seguir en Corea-Japón 2002», dice uno de los títulos del área de revistas. Tal vez esos libros fueron útiles en su momento; no sé si en 2017 puedan servir de algo.

Sigo caminando y de repente una portada me atrapa: «Los relámpagos de agosto» de Jorge Ibargüengoitia. Solo he leído dos de sus novelas y me sacaron unas cuantas sonrisas, por eso no lo dudo ni un momento y me acerco al libro, pero al tomarlo me doy cuenta que nomás está la cubierta, no hay nada en el fondo. ¿Quién te dejó pasar, amiguito? ¿O acaso alguien te hizo daño? ¿Alguien te dejó incompleto y se llevó tus páginas? Le hago esas preguntas al libro como si fuera una persona, y me doy cuenta de que estoy hablando en voz alta, hasta que dos jóvenes se empiezan a reír porque me estaban viendo. Por mirar esas reacciones me sonrojo al instante y dejo aquel libro incompleto en la mesa. Me pongo a pensar en qué criterio tienen los que organizan el evento para dar los vales de intercambio. Si por mi fuera, a muchos les diría que tengan tantita madre y que ni se les ocurra pretender cambiar sus libros.

Caminando, divago en algunas ideas y me llevo la mano a la boca para asegurarme de que únicamente las estoy pensando, o bien, para que si se me sale una palabra no me vean hablando solo. Estoy pensando en que solamente a mí me está tocando ver lo más feo y que los demás sí encuentran lo que tiene calidad, como si tuvieran mejor vista que yo, o quizá más paciencia, o hasta mejor suerte. Pero a fin de cuentas cada quien habla de cómo le va en la feria; o en este caso, de cómo me va en algo parecido a una feria del libro.

Capítulo 3

Luego de dar tanta vuelta, noto algo que me llama la atención y no es ningún libro o revista, sino un letrero pegado en una parte de la carpa. Dice «¿Asunto?». Tengo la sensación de que ese cartel me habla, pero a diferencia de la portada de Ibargüengoitia que me pedía ser rescatada, con ese letrero me estoy sintiendo regañado. Lo miro fijamente y no dejo de sentir que de alguna forma se comunica conmigo. Es como si escuchara una voz de mujer pretenciosa, de esas que cuando hablan, parecen tener una papa en la boca. Una voz de niña fresa, pues. «No, amigui, no soy un módulo de información, solo evito que la prole se pare en donde no debe. Obvio, ya me me has conocido con otros nombres como "Solo personal autorizado", "Staff", y el que más ubicas: "Prohibido el paso a personas ajenas al lugar". Bye, bye».

Eso de «personas ajenas al lugar» retumba en mi cabeza como efecto de voz demoníaca en una película de terror. Me llevo las manos a la cara y caigo en la cuenta de que ya estoy delirando bastante, y que únicamente yo le doy vida al letrero. Después de la alucinación siento una leve punzación en la frente. La cabeza me empieza a doler.

Voy entendiendo que ese letrero pretende evitar el paso a un almacén improvisado, que guarda los libros que lleva la gente. Y para comprobar si de veras leí lo que leí, camino derecho al almacén para leer de frente el cartel. Mientras camino, veo salir de esa pequeña bodega a una muchacha con cara de enojada. Bien podría ser la niña fresa que hablaba en mi imaginación. Su cara de hastío es muy marcada. Juraría que desea que el evento termine de una vez.

Ya estando enfrente de la bodeguita, definitivamente me doy cuenta que no hay ningún error. Sí, su «¿Asunto?» es para que no estén chingando, para que no se metan ahí. Lo único que no me queda claro es si ese modo de decirlo es necesario. Es como si pusieran caca afuera de la bodega: nadie va a entrar, pero va a quedar apestando.

Capítulo 4

Por más que sigo dando vueltas no encuentro libros interesantes. Solamente tomo uno fingiendo que me importa, pero en realidad lo que hago es empezar a ver discretamente a las muchachas que asistieron a este lugar. Algunas me parecen guapas. Las veo evitando el contacto visual, porque si miro ojos, seguramente pondrían cara de «¿Asunto?», y con toda la razón del mundo. Tal vez muchos, ya sean hombres o mujeres, después de ver qué libros hay en el intercambio, aprovechan para darse un taco de ojo con las personas que asistieron. Primero hojean, y luego ojean. Y como dicen por ahí, no tengo pruebas, pero tampoco dudas. A pesar de que lo que estoy viendo es más interesante que todos los libros de las mesas, prefiero encamimarme a la salida. Pienso que en este intercambio estaría bien que nos preguntaran si encontramos todo lo que buscábamos, como en el súper, pero eso no sucede. Me hago la pregunta yo solito, y me salgo del lugar.

No llevo ni tres segundos afuera, cuando de pronto, me detiene uno de los encargados de la seguridad del evento. Me comenta que le dijeron que me miraron muy sospechoso, porque estoy entrando y saliendo de la carpa, y me vieron meter un libro a mi mochila. Estoy sorprendido, enojado, y quizá un poco triste. En mi mente me hago algunas preguntas. A ver, guardia pendejo, ¿soy el único que entra y sale del lugar constantemente? Si los letreros que están encima de las mesas, dicen que cada media hora ponen libros nuevos, ¿no te parece normal que cualquiera esté entrando y saliendo? He dado muchas vueltas y hoy no hay nada que me llame la atención. ¿Qué voy a robar?

Ahora las muchachas que veía, me ven a mí, además de otros curiosos que se les unen, y no lo hacen discretamente. Ante los ojos de los mirones me convierto en «el morro que se robó un libro». Las preguntas que me hago se quedan ahí, en mi mente. Me aguanto las ganas de armar un escándalo, y solo le digo al guardia que no tengo problemas si quiere revisar mi mochila. La revisa y únicamente encuentra lo que hay: un suéter arrugado, una Coca-Cola, unos cigarros, un encendedor, y un montón de basura. «Perdón por molestarlo, joven, es mi chamba nomás», me dice, «No te preocupes, amigo, te entiendo», le respondo.

El daño está hecho. No robé ningún libro, pero siento que ya quedé apestado. No me siento cómodo aquí. Pensaba caminar un rato por este lugar antes de volver a mi casa; aunque ahora me urge largarme. Veo que siguen llegando jóvenes igual que yo, cargando mochilas. Al verlos tengo un momento de reflexión y divago en el porqué de lo que me ocurrió. Veo que ellos hablan, se están riendo, están bromeando, son amigos, y lo más importante: ¡No vienen solos!

Yo creo que a nadie le importan los solitarios, hasta que estos hacen algo raro. Por ejemplo, las personas no ven igual a una pareja bailando en la calle, que a un tipo que de repente se le ocurre bailar. A los primeros los ven como unos novios que se están divirtiendo, o incluso pueden pasar inadvertidos; mientras tanto, el bailarín solitario es un loco. Y lo mismo pasa con el grupito que acabó de ver, y yo. Ellos pueden entrar y salir del lugar, tomar un libro y «hablar» con él, cargar con mochilas y tomarse *selfies*; eso se verá normal para los organizadores, pero un tipo solo, haciendo lo mismo, se puede ver raro o llamar la atención, no vaya a ser que ese loquito se robe un libro porque no habla con nadie.

No sé si mi deducción sea cierta, pero sí es un hecho que a veces no basta con tener el castigo de la soledad, también hay que aguantar a la gente que castiga a los que estamos solos. Chinguen a su madre. Creo que no pertenezco aquí. Por hoy prefiero el olor a libro nuevo, o leer en una tablet aunque su luz me canse la vista.